

Juan Eslava Galán

LA
MADRE
DEL
CORDERO

Curiosidades y secretos de la simbología cristiana



Índice

- Portada
- Prólogo
- 1. Un redil para las ovejas de Cristo
- 2. Del campanario a la cripta
- 3. Suspiro de monja y pedo de fraile, todo es aire
- 4. Esa vidriera tiene una buena pedrada
- 5. Tres en uno: un dogma multiusos
- 6. Cristo tiene más disfraces que Mortadelo (con el debido respeto)
- 7. ¿En qué quedamos: modelo de pasarela o un desperdicio de hombre?
- 8. El himen complaciente
- 9. En cada pueblo su Virgen y en algunos dos
- 10. Las Vírgenes Negras
- 11. La Biblia: menudo culebrón
- 12. Cuatro animales de compañía
- 13. Los doce colegas de Jesús
- 14. Figurantes del Nuevo Testamento
- 15. El abultado censo de los santos cristianos
- 16. Ángeles del Cielo (y del Infierno)
- 17. Mártires entre leones (y no son domadores)
- 18. Eremitas, estilitas y cenobios
- 19. Mártires del sarraceno
- 20. Santos por méritos académicos
- 21. Santos hasta para el fornicio
- 22. Santos de cuando la Iglesia se ató los machos en Trento
- 23. Monjas y pastores a los que la Virgen o Jesús encomiendan alguna gestión
- 24. Santos en los tiempos tormentosos del Modernismo
- 25. Iconografía cristiana
- 26. El ajuar de la Iglesia

27. Reliquias y exvotos

28. Heráldica de los religiosos

29. Heráldica de las Órdenes religiosas

30. Heráldica de las Órdenes militares

Apéndices

1. El libro mudo de la iconografía religiosa

2. El dogma de la Inmaculada Concepción

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Prólogo

En la catedral de Córdoba, debajo de uno de los púlpitos barrocos que enmarcan el altar mayor, el visitante se sorprende ante la escultura, a tamaño natural, de un buey agonizante echado en el suelo con las tripas fuera.

El buey destripado de Córdoba tiene su leyenda: durante la construcción de la catedral, uno de los cabestros que tiraban de los carros de piedra reventó a causa del esfuerzo y el cabildo lo hizo esculpir bajo el púlpito como homenaje a su sacrificio.

La realidad es más prosaica: ese buey que vemos debajo del púlpito simboliza el Evangelio de san Lucas (cuyo símbolo es un toro)¹ y lo que parecen tripas son, en realidad, nubes: las nubes del Cielo, que eximen al escultor de tallar un toro entero, lo que habría obligado, por las leyes de la proporción, a construir un púlpito del tamaño de la platea de un teatro.

El toro que simboliza al evangelista está en ese preciso lugar, bajo el púlpito, para significar que el Evangelio, la buena nueva, la palabra de Dios, se difunde desde el púlpito y resuena en el mundo con una voz potente y clara como el mugido de ese animal.

El caso del toro de la catedral cordobesa nos ilustra sobre una carencia del hombre moderno y no digamos de las desventuradas víctimas de la LOGSE: hacemos turismo y, en el tiempo que nos dejan las comidas copiosas y exóticas y las compras (el inconfesado objetivo de esas excursiones), acaso incurrimos en la autocomplacencia de creernos cultos porque visitamos las iglesias y catedrales que nos salen al paso, y nos arrobamos ante la belleza de los frescos románicos, de los lienzos renacentistas, de los retablos barrocos, de

las imágenes de bulto talladas en sillerías, canecillos y retablos, de las prodigiosas arquitecturas que conforman el edificio, pero no entendemos lo que representan.



Buey que simboliza el Evangelio de San Lucas en la catedral de Córdoba.

Un alumno de cuarto de ESO, es decir, de unos quince años de edad, sale despavorido de la capilla de su instituto, un edificio antiguo, y le dice al profesor:

—¡Tenemos una momia en el instituto!

El logsetomizado alumno había confundido el altar que preside la capilla con un sarcófago egipcio. «Quizás el alumno había visto recientemente alguna película de momias —explica el profesor—, pero no había entrado jamás en una iglesia.»

Vemos sin ver, miramos sin entender.

¿Por qué esta santa sostiene unas tenazas? ¿Por qué esta otra lleva en la mano una palma y se apoya en una rueda dentada rota? ¿Por qué este santo se señala una llaga en la rodilla izquierda y la da a lamer a un perro?

Ni idea.

¿Qué significan el sombrero y las borlas del escudo de este obispo?

Ni idea.

¿Por qué hay cruces con dos travesaños derechos y uno torcido?

Cero. Ni puta idea.

El templo está lleno de símbolos que no entendemos. Nos hemos alejado de ese mundo que puebla nuestras iglesias y ya no sabemos leerlo, ni mucho menos interpretarlo. «Muchos profesores de Historia del Arte muestran su inquietud por la falta de conocimientos de religión que hay entre los jóvenes, debido sólo en parte a la corriente laica que ha restado fieles a las materias que tratan los orígenes del cristianismo. Porque una cosa es el laicismo y otra muy distinta la ignorancia sobre aspectos de cultura general imprescindibles para comprender muchos porqués de nuestra sociedad.»² En el nivel universitario la situación no mejora, pues, como se queja otro profesor, «en clase no cabe hacer muchas alusiones a conceptos o personajes de la Biblia, pues los estudiantes no las entienden».³



El sarcófago egipcio de nuestro alumno (altar de la iglesia de San Matías, Budapest).

El cristianismo desarrolló un mundo de símbolos rico y variado que nuestros ancestros, aunque analfabetos (y precisamente por serlo), sabían descifrar correctamente. Para ellos una iglesia era un libro mudo que contaba historias. El cristiano que penetraba en ella sabía interpretarlas, a veces con ayuda del clero, que por algo se había erigido en mediador entre Dios y los hombres.



Cruz ortodoxa rusa.

En las páginas que siguen, el lector se va a introducir en el frondoso laberinto de los símbolos que pueblan nuestros templos, algunos de creación netamente cristiana, otros, como veremos, herencia de cultos más antiguos que el cristianismo ha reciclado y asumido como propios.

Dicho esto, vayamos a la faena.

1

Un redil para las ovejas de Cristo

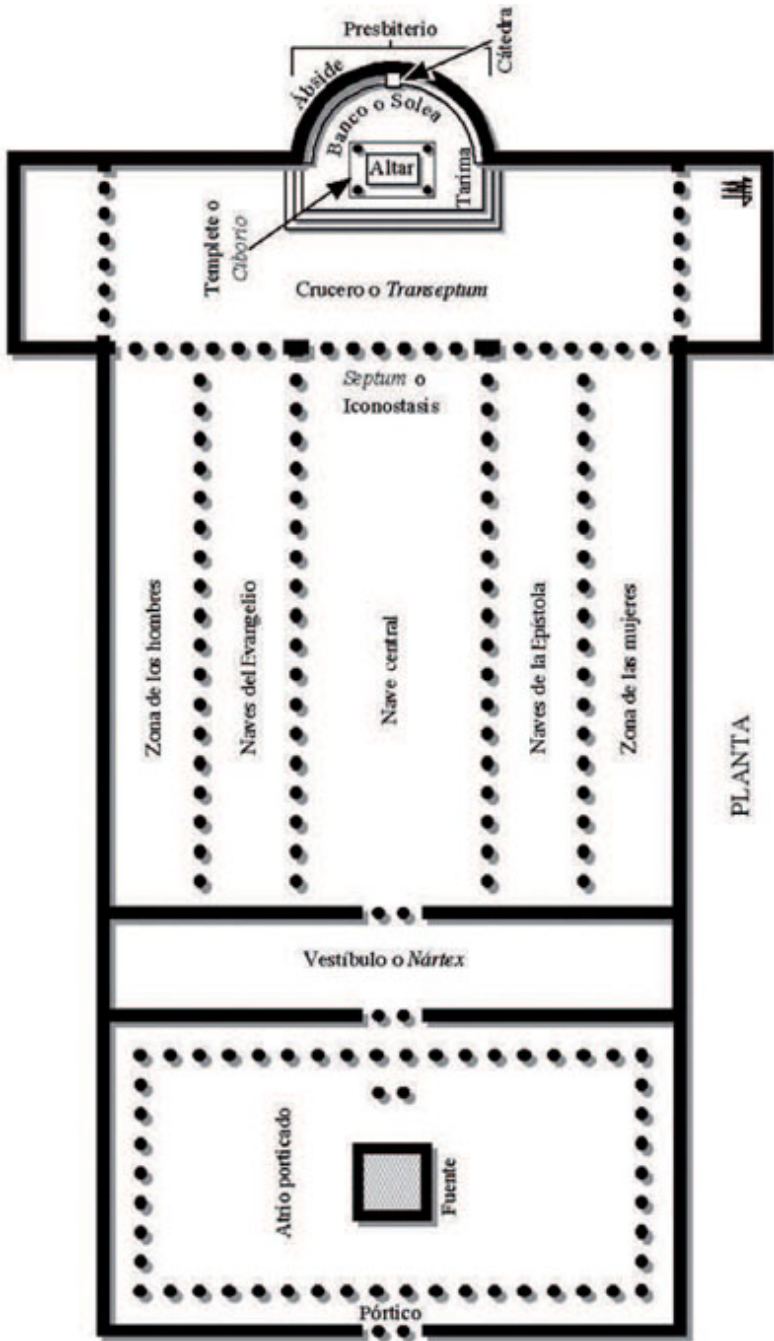
Cuando los romanos querían construir un palacio de exposiciones y congresos, un edificio polivalente que sirviera de tribunal, de salón de actos, de templo, de lonja comercial, incluso de mercado, construían una basílica.

No se quebraban la cabeza: para cualquier actividad que debiera desarrollarse a cubierto de las inclemencias del tiempo, levantaban una **basílica**, o sea, una gran nave rectangular a la que se accedía por un porche adornado con columnas. En el extremo opuesto de la entrada, en una cabecera semicircular, se colocaba la presidencia.



Basílica de Santa María de los Arcos (Tricio, La Rioja).

Los cristianos salieron de la clandestinidad en el año 313 (Edicto de Milán) y se encontraron las iglesias ya hechas. Bastaba con ocupar una de aquellas basílicas multiuso, pintarle un pez o un crismón en el pórtico, el obispo le rezaba un gorigori y ya era iglesia. Básicamente, un edificio alargado cuyo eje longitudinal dividía la nave desde la entrada principal al altar.¹



Planta basilical (según Fran de Almería).

Con el tiempo, a las iglesias se les fueron añadiendo diversos elementos: una vistosa fachada principal con una o dos torres-campanario; unas proyecciones laterales para que la planta del edificio tuviera forma de cruz latina (brazos desiguales) o griega (brazos iguales);² capillas a lo largo de las naves laterales, retablos, dependencias para necesidades litúrgicas (baptisterios, capillas, relicarios) o administrativas (sacristías, despachos, trasteros), etcétera.

Las iglesias suelen tener planta basilical y estar orientadas al Este, pero también existen algunas de planta circular o poligonal, igualmente inspiradas en edificios de la antigua Roma.³

DONDE EL OBISPO SE SIENTA

¿Una iglesia inmensa, repleta de tesoros artísticos? No. Lo que verdaderamente diferencia una iglesia de una catedral es su función: la catedral es la iglesia titular del obispo, su parroquia. La palabra viene de «cátedra», que significa «asiento». Es la iglesia donde el obispo tiene su asiento, trono más bien, desde el que dirige a los sacerdotes de la diócesis, los párrocos de las iglesias y desde el que juzga y pastorea el rebaño que el papa le ha encomendado.

La Iglesia dividió su imperio, la Cristiandad, en diócesis o provincias copiando al Imperio romano de cuyo cadáver se alimentaba. Al frente de cada diócesis puso a un obispo, que hacía las veces de gobernador directamente designado por el papa.

En el pasado, los obispos eran príncipes temporales dotados de pingües rentas y ello disculpa que algunos aspiraran a la gloria mundana (sin, por ello, descuidar la divina, naturalmente). Cada uno quería eclipsar al vecino y rival, cada uno aspiraba a inscribir su nombre en el libro de la Historia (por eso hacían reproducir por todas partes sus escudos

episcopales). Parece una contradicción tratándose de personas que predicán el desprecio de las glorias mundanas, que elogian la humildad y la pobreza, pero es así.



Catedral de Jaén.

De hecho, jamás han existido edificios más lujosos ni más costosos que las catedrales. Si una ciudad es sede episcopal, puede darse por supuesto que su mejor y más artístico edificio será la catedral.

Debido a los enormes recursos financieros y técnicos que la construcción de una catedral exigía, a menudo no salían las cuentas, se acababa el dinero y había que suspender las obras. En otros casos la construcción se demoraba durante años, a veces durante siglos, lo que explica la diversidad de estilos de muchas catedrales, como la de Jaén, que empezaron góticas, siguieron renacentistas y terminaron barrocas.



Escudo episcopal.